

CREACION

Mamita Maura

(CUENTO)

Lo cierto fue que Tata Mundo convaleció de aquella pulmonía que no pudo con él, volvió a calzarse el par de zapatos bien herrados, y con su pañuelo rojo anudado al cuello todavía anda por ahí fumándose sus chircagres y echándole aceite a su lamparilla que alumbrá historias. El día que ya estuvo de salir a asolearse, todavía algo desteñido de la piel y escurrido de las facciones, fue y nos dijo, sentándose en el pedrón que estaba al frente de su casa:

—Pues es que en la de menos yo soy como mi abuela.

—¿Mamita Maura?

—La mesma. Pura coyunda tiesa. Llegó a ser la vieja en aquellos años el bastión donde toda nuestra familia se arrimaba a asegurar sus tristezas para que ella las tuviera de su mano, o a dar rienda suelta a las alegrías, que también las había de haber en familión tan grande como el que ella y mi abuelo habían echado al mundo. Mas el abuelo, para entonces, ya dormía de espaldas bajo muchas paladas de tierra. Se fue sesentón, el flojo. Ella nos quedó, e hizo las veces del uno y del otro; y miren que, como autoridad, sabía ser de buen mando la viejita. ¿Piensan ustedes que, faltando el hombre, se le fue la finca en humo o se rompieron a pelear entre sí los hijos y las hijas? Nada de eso. Como en un puño los siguió teniendo a toditicós; y los cafetalillos más bien crecieron en sus manos, que para jefear paleas, cogidas, deshijas y descumbras, buenas nacieron. Asina era mi abuela: mujer de mucho respeto.

Estaba yo muy chacalín, pero me acuerdo muy bien de aquella vez que a casa llegó el tío Mateo con el recado:

—Que manda a decir mama que enyuguen ahora mesmo y esté toda la familia desde mañana en Santa Eulalia.

—¿Qué pasa? —dijo tata—. ¿Hay alguna novedad?

—¿Está bien ma Maura? —preguntó mama.

—Está bien; Dios me perdone si no. Pero ya se mandó a morir.

—¿Qué decís vos, mano?

—Quiere que estemos las diez familias presentes, y ya notició a todas en redondo, porque asegura que del lunes que viene a las doce no pasa; desea que la despedamos.

Era viernes. El tío Mateo no pudo explicar nada más, y mama y tata, algo tristonos, alistaron la carreta. A mi abuela había que obedecerla. Si no, aunque se estuviera muriendo, habría que oirla, y cuidado que no aguantarle unos cuantos tajonazos en la espalda. Tal y como lo oyen. Mas que mi tata tuviera ya cuarenta años. Los chacalines nos volvimos de fiesta. Como la muerte y nosotros no nos entendíamos, qué nos importaba que la abuela se hubiera mandado despachar un lunes a las doce. Lo que nos ponía locos era el viaje en carreta hasta Santa Eulalia de Atenas, donde ella vivía bien dueña de su haciendita y mandando la olla de toda la familia. Porque ma Maura tenía unos cuantos cincos, no crean, además de sus vacas y cafetales, y cuando a alguno de sus críos la mantención le andaba renca, ella le metía su apuntalada; si no que lo atestigüen las ánimas de mis tatas.

Creíamos que la íbamos a encontrar volcada en cama. ¿Saben dónde estaba cuando al día siguiente a las cinco de la mañana me bajé a abrir la tranquera que daba al solar de su casa? Encaramada en una gran escalera, apeando mangos del arbolón que frente a la casa había, para darnos gusto por la trompa a las carretadas de nietos que iríamos llegando, unos tras otros.

—¡Qué tal, muchachitos —nos gritó—, les vino bien en el camino? ¿No me los asustó el tigre en los bajos del Cacao?

Y con la vara que tenía en la mano punzaba y aporreaba los racimos de frutas. Ya tenía dos canastos a medio llenar. Después bajó y dio la bendición a tata y mama, que se arrodillaron junto a ellas.

—Pues sí, m'hijitos, la cosa es para pronto. Pero no quiero llantos.

—Pero, mamá, y esas ideas tuyas. Si usted todavía está vivitica.

—Dijo mi tata.

—Sí, hijo, pero no hay fecha que no se cumpla. Yo estoy cumplida.

Por no ser menos, llegué yo de domingo siete y me le hincué enfrente, también. Ella se echó una risa.

—A vos, chacalín, que te bendigan los ángeles. Tu abuela tiene el alma muy curtida para bendecir chacalincitos limpios.

Y en lugar de darme cruces, sacó del bolsillo de su enagua media docena de jocotes tronadores, que todavía estoy saboreando, y me los regaló. A todo esto, mi abuela se pensaba morir el lunes a las doce. Mientras me comía los jocotes, yo quería saber qué era aquello, y, claro, qué iba un chacalín a averiguarlo; pero estaba muy contento de que la viejita se fuera a morir, porque me gustaban mucho los tronadores.

Ya era sábado, un sábado muy lindo que cuanto más se fue llenando de sol y claridad más fue hinchéndose también de carretas con bueyes, de mis tías, de mis tíos, y de toda la primada. Parecía la casa un domingo en el mercado. Saludos, regalos, platicadas largas, mucha comedera, y ma Mura de aquí para allá, metiéndose con todos, que ni obispo en día de confirmar. A eso de las tres, fue y ordenó:

—Lino, Mateo, Gaspar; a destazar los chanchos para el velorio.

Y a mis tías:

—Carmela, Amelia, Luisa; a jalar el pescuezo a las gallinas. Mañana es de guardar y no quiero trabajos en la casa.

El domingo nos fuimos todos al Centro, a misa de ocho. A la salida la abuela nos convidó corte parejo a un mondongo en el mercado, y nos compró biscocho hasta tirar para arriba. Eramos varias docenas, a más de los caballos y carretas, y ese día la curiosidad de los paisanos se atipó a dos manos por cuenta de nosotros, pues no hubo quién no preguntara qué cosa grande sucedía en la familia de la viuda ña Maura, y ésta, revolviendo su gran enagua almidonada y su cotona de encajes, se

pasó medio domingo enterando a sus amigos de cómo la pelona vendría por ella el lunes al mediodía.

Llegó el famoso lunes. Cuando a las seis apareció ñor Chindo con el barril al hombro, dijo mi abuela:

—Ahí viene ya la primera chicha para la vela.

Cuando por ahí de las siete entró a caballo el cura, ella explicó:

—Aquí me llega el padre para la confesada y los otros sacramentos.

Por el silencio que se hizo, comprendimos los menores que el cura traía además algo de mucho misterio dentro de aquella cosa que llevaba tapada.

La confesión fue larga, larga. Sabe Dios qué gran huaca de culpas y pecados se tenía ma Maura en la conciencia, porque para desgranarlos todos se gastó más de una hora. Enseguida comulgó. Después le echaron los santos óleos. Y entonces apareció otra vez entre nosotros con la cara toda colorada y sudorosa.

Ya los mayores estaban llenos de aquello, y algunas mujeres lloriqueaban, cuando en eso llegó la caja en una carreta. La había encargado ma Maura de las mejores, de paño gris con adornos dorados. La pusieron en la mesa. Encendieron las candelas. Las mujeres vistieron a mi abuela de blanco, y le prendieron un crucifijo en el pecho. Palabra que la viejecilla se veía hermosa entre tantas flores y candeleros. Y entonces comenzaron las despedidas. Abrazo a unos, besos para las otras, bendiciones a todos. Y se soltó el llanto a decir aquí voy.

Mi abuela se subió a la mesa, y parada en ella mandó:

—Bueno, bueno, dejen ya ese cuento. Que naide me llore. ¿Me oyeron?

Una vez que les cerró la boca, agregó:

—El testamento está en Alajueta. Lo tiene el licenciado Chávez. Y ya saben, m'hijitos: nada de pleitos ni discusiones. Que Dios me les dé salud, y con qué pasar.

Carambas, sí; estaba tan seria, que de veras parecía una muerta. Sin permitir ayuda de naide, se metió en el ataúd, y al poco rato principió a agonizar.

Prima Eulogia, con su voz tan fuerte, dirigía el rezo frente

a las imágenes. Rosarios, letanías y responsos pasaban unos tras otros, y de cuando en cuando alguna de las mujeres no podía más, alzaba el llanto, y entre algunos la sacaban de la sala iluminada y la llevaban a la cocina.

Allá de vez en vez, afuera reventaban un cohete. Ordenes de ma Maura. Y ya pueden estar seguros todos ustedes de que medio Santa Eulalia se convidó a venir y presenciar la despedida de mi abuela.

El reloj que estaba en la pared dio las once. Ma Maura continuaba boqueando, y el pecho le sonijeaba como un gran avispero. Dos veces, como entre sueños, se levantó un poco y volvió a espiar el reloj.

Todavía se le oyó decir:

—Recen, hijitos, recen por mí y por todas las ánimas del Purgatorio. Páguenmele a ña Dominga dos pesos que le quedé debiendo. Sigán dándomele a la vieja Cástula la ayudita de todas las semanas. Y oiganme bien: que en esta finca naide nunca pase hambres. Hermanos somos. Todos hijos de Dios.

Y reanudó la tarea de agonizar.

Poco antes de las doce, hizo otros encargos:

—Poden hondo de cuatro a cuatro años. Resiembren a menudo. No paleen en ladera... Y no olviden; que haiga paz entre ustedes.

Llamó a mi prima Eulogia:

—Vos que lo chineaste, cuidáme a Mundito. Ayudálo a hacerse grande.

Y se dispuso al viaje.

Lo extraño era que ma Maura pudiera hablar tan claro hallándose ya como quien dice con medio pie en la sepultura. Faltaban cinco minutos. Faltaban dos minutos. Hasta los mocosos estábamos blancos del susto, espiondo el reloj. Aquello no era para menos. A mí se me habían olvidado los jocotes y los mangos. Vide que a mi tata le resbalaban lágrimas por la cara, y mi mamá se la cubría con un pañuelo. Yo también me solté a llorar. Cuando el reloj por cosa de un minuto iba a marcar la hora de la muerte, mi prima Eulogia paró de rezar, dio un grito, y cayó redonda al suelo. Mis tías gritaron:

—Mama, mama, no se nos vaya. No sea ingrata, mamita.

Qué alaridos aquellos. A tío Mateo, por querer hacer fuerte, se le salió un bramido como de res a la que están poniendo el fierro; tan afligido se hallaba.

Y sonaron las campanadas de las doce. Ma Maura ya no se oía. Ma Maura había dicho “me muero el lunes a las doce”, y el lunes, a esa hora, siguió siendo la mujer que se mandaba a sí misma, y que por eso, si le nacía de capricho, podía morirse un lunes a las doce. . . o no morirse, si no le daba la gana.

Poco a poco se fue levantando. Se paró lo alta que era; se puso en jarras y se dio a mirarnos en redondo no sé si haciéndose la brava, o brava de veras, o riéndose de nosotros. Caras de tontos y de espantados las que teníamos todos allí. Al tiempo que reventaban un cohete, ma Maura gritó:

—Diay, familia de pasmados, ¡qué esperan! ¡Qué empiece el velorio! ¡Toditicos a celebrar la muerte de ma Maura.

Y con la agilidad de una ternera bajó de la mesa, y ella misma dijo a repartir chicha entre todos los presentes.

Qué se cren ustedes, ¿qué allí paró la cosa? Cuando ma Maura mandaba había que hacer lo que mandara. Hubo que rezarle los nueve días. Fueron nueve días de fiestas en Santa Eulalia. Siete chanchos gordos, cuarenta y ocho gallinas, diez ollones de tamales, cuatro barriles de chicha, sin contar la mistela y el ron de caña. Bailes, marimba y rezadera. Y, oigánme bien: ni un pleito. En la casa de la viuda ña Maura naide estaba autorizado a sobrepassarse.

Ah, pero entre jolgorio y jolgorio, rosarios y reventones de bombetas, desde hombres hasta chiquillos, pasando por las mujeres, tuvimos que palear, deshijar, descumbrar y aporcar las catorce manzanas de cafetal que jefeaba mamita; y cuando regresamos a nuestras casas la finca había quedado arreglada que ni un ajito, y como para salir de Samaritana en Semana Santa.

Ayúdenme a saber que fue toda esta historia. Algo se había traído entre manos la viejita con aquella extraña fiesta. ¿O fue que a última hora la pelona se le emberrinchó y no le hizo caso, y para disimular el chasco siguió adelante con todo? Me arriesgo a decir que no. Se me hace que sencillamente, como era vieja tan parrandera, ella no quería perderse su propio velorio,

a más de enseñarnos a todos a no tomar la muerte muy a lo serio.

Porque ma Maura aún vivió quince años. Y murió lo que se dice peleando. Bien sentada en la mesa, y con la cuchara en la mano. Se quedó allí una vez que estaba saboreándose un segundo plato de mondongo, de aquel tan rico y condimentado que hacer sabía, y así tan llenita y muriendo por donde muere el peje, por fin se nos fue Ma Maura de viaje.

FABIÁN DOBLES

